***Sociológica* México**, año 41, número 113
enero-junio de 2026, pp. 161-192
Fecha de recepción: 01/09/25. Fecha de aceptación: 22/11/25

Seis reflexiones antropológicas en torno al estudio social de la noche: teorías, metodologías y casos

Six Anthropological Reflections about the Social Study of the Night: Theories, Methodologies, and Cases

*Mariana Figueroa Castelán**

RESUMEN

El presente texto está conformado por seis momentos reflexivos considerados clave para comprender por qué la *noche* es un objeto de estudio para las ciencias sociales, y con esto, la puesta en marcha de complejos metodológicos y estrategias de estudio por parte de investigadoras e investigadores en Latinoamérica, Norteamérica y Europa Occidental principalmente, quienes en búsqueda de un tratamiento disciplinar a la nocturnidad humana y social, han desarrollado acercamientos etnográficos que la muestran como complejo significativo y experiencial desde el cual es posible abordar las diversas pero particulares noches sociales. Así, y como resultado del diálogo interdisciplinar y los temas de estudio desarrollados por estos grupos de trabajo, aquí se ubican seis grandes principios analíticos que habrán de concebir al tiempo cronológico como cultura.

PALABRAS CLAVE: noche, tiempo, espacio social, nocturnidad, nocturnidades, cultura.

* Docente-investigadora del Colegio de Antropología Social de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla. Correo electrónico: <mariana.figueroa@correo.buap.mx>. ORCID: <0009-0002-0042-5482>.

This article presents six reflexive moments considered key for understanding why the social sciences take the night as an object of study. It notes the use of complex methodologies and strategies, mainly by researchers in Latin America, North America, and Western Europe, who have sought a way for their discipline to deal with human and social nocturnality and have developed ethnographic approaches showing it to be a significant experiential complex from which it is possible to deal with the diverse but specific social nighttimes. As a result of an interdisciplinary dialogue and the topics of study developed by working groups, the author points to six broad-based analytical principles that conceive of chronological time as culture.
KEY WORDS: night, time, social space, nocturnality, nocturnalities, culture.

INTRODUCCIÓN

¿Qué es la noche?, ¿por qué la noche es un objeto de interés para ciencias enfocadas en el estudio de la vida social si es el momento en que lo social duerme?, ¿qué podrían observar los investigadores sociales si la oscuridad que la caracteriza impide una mirada clara del entorno?, ¿por qué “noches” y no “noche”, y qué es lo que ocasiona que ese tiempo natural se diversifique? El presente texto busca reflexionar teórica y metodológicamente en torno a estos cuestionamientos y otros que han ido surgiendo respecto al estudio sociocultural de la noche, a través de seis consideraciones analíticas y reflexivas estimadas como clave y sustentadas por la producción científica de investigadoras e investigadores en Latinoamérica, Norteamérica y Europa Occidental

principalmente, que desde finales del siglo XX y las dos décadas y media que van del XXI, han desarrollado acercamientos teóricos, metodológicos, y en el caso de la antropología, etnográficos, que han mostrado a la noche como complejos significativos y experienciales desde los cuales es posible abordarla, y así dar cuenta de las diversas pero particulares nocturnidades. Se pretende que cada discusión muestre las distintas líneas de trabajo científico desarrolladas respecto a una teoría social de la noche que claramente comienza a perfilarse por región, perspectiva o escuela, lo que llama la atención a la conformación de redes de investigación para el tratamiento interdisciplinar de nocturnidades que incluyan las de tipo transnacional.

Así, y como resultado del diálogo interdisciplinar y los temas de estudio desarrollados por estos grupos de trabajo, ubicamos seis argumentos que habrán de concebir al tiempo cronológico como cultura, su papel histórico, las estrategias de organización social respecto a ella, la vida material y simbólica de la cultura de la noche, y con esto, la necesidad científica de su estudio. Se considera pertinente comenzar por un acercamiento teórico de la noción social de *tiempo* para de ahí derivar las siguientes reflexiones: a) *la relación indisoluble entre tiempo y espacio*: no se puede concebir al tiempo nocturno sin sus procesos de espacialización; b) *contextos* sociales, culturales e históricos; c) condiciones *tecnoambientales*; d) la *cualidad capitalista* de las *noches urbanas*; e) la *economía de la noche*: industrias culturales y medios de comunicación; y f) la pertinencia *metodológica*.

Para profundizar en los seis momentos antes mencionados, se presenta dato empírico variado recabado en las diferentes estancias de campo desarrolladas por la autora a lo largo de algunos años, tanto en contextos urbanos como conurbados y tradicionales pertenecientes al Valle Puebla-Tlaxcala, con grupos sociales diversos cuyas formas de concebir y hacer la noche es diferencial, lo cual por supuesto implicó que en cada caso los procederes metodológicos se adecua-

ran al contexto de investigación, pero sobre todo el establecer tácticas que permitieran el acceso a la noche, es decir, a un tiempo-espacio de acceso social limitado y hasta riesgoso para mujeres solas, de ahí que la experiencia de obtención del dato se comprendiera también como dato ante la gestión estructural por el derecho a habitarla.

TIEMPO NATURAL Y TIEMPO SOCIAL: LA NOCHE

Para poder comenzar con el abordaje analítico de la noche, se parte de su concepción como *tiempo,* y el tiempo, en su calidad de *cronos,* transcurre sin que nada pueda intervenir en ello. Su transitar suele ir acompañado de cambios lumínicos naturales, en donde lo *claro*, lo *oscuro* o lo extraordinario del firmamento, brindan pauta para que de alguna manera lo inevitable del tiempo pueda manipularse desde su comprensión como *ciclo*. El ciclo brinda certeza porque tiende a la *repetición*, y esta conlleva al establecimiento de patrones (que estructuran), pautas (de comportamiento y acción) y ritmos (que brindan secuencia y cadencia) que han dado paso a su conceptualización, tal es el caso del *día*, con su *noche*, escala temporal que desde la repetición se instituye como unidad micro y cotidiana del tiempo medible. Si ya es medible y manipulable, entonces el tiempo natural ha sido socialmente significado.

Así, día y noche, como construcciones de sentido social, proveerán, en función de sus particularidades naturales, los elementos que habrán de volverlas asequibles a los sujetos, lo cual implica no sólo significarlas sino dotarles de un conjunto material y práctico que posibilite la reproducción de esos significados. Para ello, es importante el contexto y la historia ya que día-noche no es un ciclo único, por el contrario, es una complejidad cambiante que incluso es contemplada como discurso de ordenación social. Prácticas, conductas, actitudes, estéticas, interacciones, géneros, edades y ubicaciones

geosociales, se encuentran dispuestos en un tipo de ordenanza temporal; así, "el transcurrir" tiende a la permanencia e institucionalización, por lo que para Melgar Bao (2002: 103) el *cronos cotidiano* –día/noche– permite transcurrir por la historia mental de los grupos humanos afirmando, negando o recreando tradiciones multiculturales como en el caso de Occidente y del no-Occidente, para lo cual su ciclicidad pierde valor ante su estratégica separación.

En el caso de las realidades occidentales, la vida diurna se superpone a lo nocturno, la luz ante la oscuridad. Esto se debe a que es el tiempo instaurado por el modo de producción capitalista que hasta hoy en día caracteriza la vida moderna de las sociedades tanto occidentales como no occidentalizadas (Nieto y Becerra, 2024), debido a los imaginarios que sustentan que el pensamiento y la razón operan con la luz del sol: la vida puede ser contemplada, la mente se ilumina y las ideas llegan para dar cuenta de lo que pasa en la realidad, de ahí que el desarrollo de la teoría y el método científicos se fundamenten en objetos de estudio delineados desde la razón ilustrada. No por casualidad, menciona Galinier (1990), la luz representa el símbolo más añejo de la modernidad occidental: la luz es razón, bien, orden, y todos los atributos relacionados con lo alto.

Por el contrario, en la penumbra cuerpo y mente se encuentran agotados y dispuestos a descansar, y esta última es concebida como una práctica que contradice al modo de vida basado en la producción, de ahí que para la oscuridad se contemple la irracionalidad, lo festivo, las representaciones de "lo bajo" y la transgresión social (Galinier, 1990). Así, la historia cultural de la noche tiene una marca económica, relacional, de clase, pero también de género pues no es de dudarse su ostensible masculinización[1] (Figueroa, 2025). A la noche, dice Margulis (2005), le han correspondido significa-

[1] Se piensa que la prostitución es la práctica nocturna por excelencia, y es realizada principalmente por mujeres, sin embargo, la prostitución no es una práctica femenina, su sustento lúdico y de consumo es de tipo masculino.

ciones occidentales vinculadas a la oscuridad, la secrecía, lo profano, lo privado, lo riesgoso, y todo aquello que imprima a la noche la cualidad de la irrupción de la norma social (y económica) dominante. El ritmo disminuye, el entorno se aquieta, la noche invita al sueño, la energía como recurso de producción primario se agota, y ante tal estado de vulneración de la persona, la noche se convierte en un verdadero riesgo (Simonnot, 2016).

Esta posición epistemológica desde la que se construyen conocimientos a partir de las oposiciones y no de las continuidades es resultado, diría Morin (2008), del pensamiento de disyunción y simplificación que caracteriza a Occidente, impidiendo ver al "descanso" como complemento de la actividad física e intelectual. Día y noche constituyen un solo argumento para la organización social, solamente que a cada cara de una misma moneda se le han asignado campos de sentido cultural muy particulares, esto en búsqueda de crear una correspondencia entre los contrastes.

Hasta aquí, la noche ha sido pensada como tiempo natural, tiempo social, temporalidad nocturna, oposición al día, tiempo de producción, escenario de la disposición de los géneros, y como forma de organización social. De lo anterior, el interés científico por su estudio; a través del análisis social de la noche es posible ahondar en los distintos ámbitos que dan estructura a las colectividades, muchas de ellas insertas en una lógica de consumo material y simbólico que vislumbran la pertinencia de las economías nocturnas (Mercado Celis, 2020), para las cuales resulta redituable la restricción en su acceso cuando la noche es contemplada para algo más que el descanso. Entonces, la *apropiación* de la noche se restringe de manera similar a como se condicionan los usos de los espacios, tanto los públicos como los privados, asignaciones que también son consecuencia de una forma de pensamiento capitalista.

Hay noches originarias y contemporáneas, urbanas y comunales, oscuras e iluminadas, públicas y privadas, noches

que dan cuenta de la particularidad de clase, etnia, género, edad, oficio o modo de habitar, y aunque cada uno de estos rasgos representa en sí mismo un campo específico de estudio, todos ellos comparten algo en común, y es que no puede haber referencia teórico-práctica de ellos si no se parte de su realidad espacio-temporal. Para Nieto y Becerra (2024), es a través de la experiencia espacial que la noche como tiempo cobra sentido para la persona: el espacio condiciona la experiencia temporal (cuánto tiempo estar en él) y el tiempo condiciona la experiencia espacial (de qué manera hacerlo) (Figueroa, 2025). En esta dirección, Perrot (2018) desarrolla lo que bien podría ser una historia social de la noche a partir de una escala espacial micro, "privada" y aparentemente cargada de quietud: la habitación personal de resguardo íntimo o *bedroom.*

Es así que se propone como primera contemplación analítica que todo estudio científico en torno al tiempo en general y, a la noche en particular, debe considerar las condiciones físicas y sociales que permiten su espacialización: *no hay tiempo sin espacio ni espacio sin tiempo*.

a) La relación indisoluble tiempo-espacio

La noche como tiempo se espacializa. Ya sea por posición astronómica o por condición geográfica, sea por *habitus*, estado étnico, rol social, grupo de sociabilidad o sector etario, toda experiencia temporal es espacialmente ubicable, además de que las prácticas y relaciones concebidas culturalmente como nocturnas responderán al conjunto de reglas explícitas e implícitas que norma formal y operativamente el uso de los espacios. En colonias populares de contextos latinoamericanos es común contar con parques de juegos destinados al juego infantil, sin embargo, estos son resguardados por rejas que los bardean, las cuales deben permanecer cerradas cuando las infancias duermen, es decir, en la noche, y sólo son abiertas durante el tiempo de claridad diurno hasta

la puesta de sol (no más de las seis de la tarde); pero en caso de que los infantes se encuentren en periodo vacacional, la regla se adapta y aplaza la diurnidad hasta ya llegadas las diez de la noche. En la noche profunda o de madrugada es imposible pensar en su acceso, al menos no en el sentido legítimo de la norma y no por quienes son los agentes deseados por el lugar.

Los espacios van siendo practicados en conexión con el transcurrir del tiempo. Las grandes ciudades actuales como Tokio, Nueva York, São Paolo o Ciudad de México, por mencionar las más densamente pobladas, muestran a través de su magnificencia urbana el ritmo de los tiempos de la globalización: flujo de ideas, personas, dinero, transportes, objetos, relaciones, constituyen el espacio-tiempo de lo mundial. Por otra parte, poblaciones tradicionales, indígenas o campesinas como San Miguel Canoa, San Andrés Azumiatla o San Miguel del Milagro, pertenecientes al Valle mexicano Puebla-Tlaxcala, muestran un paisaje carente de saturación visual y sonora, posibilitando un *ritmo quieto* que los imaginarios dominantes han significado en desventaja respecto a la fluidez e inmediatez de la vida contemporánea: "Cada vez que regreso a mi ranchito lo veo como detenido en el tiempo […] Vivir en la ciudad sí te cambia la perspectiva de cómo pasa el tiempo, estando ahí no me da tiempo para hacer nada" (Sofía, 2024).[2]

A través de los espacios se enuncian las estaciones del año, los días laborales, los fines de semana, las vacaciones escolares, los periodos de afluencia, y en sí, el ciclo día/noche. Hernández y Guérin (2016) sugieren entender a la noche en su dimensión de tiempo tanto como la de espacio, y así trazar análisis que den cuenta de la función, estructura y praxis de la noche, de esta manera el vínculo del tiempo con el espacio potencia el lado experiencial de la noche y reserva

[2] Estudiante de la carrera técnica en enfermería en un colegio privado de la ciudad de Puebla. Tiene 23 años y es oriunda de San Miguel del Milagro, Nativitas, Tlaxcala, en donde viven sus padres, productores de amaranto, y tres de sus cinco hermanos mayores que ella con sus respectivas familias.

a otros campos de interés científico el estudio de lo estrictamente medible y predecible del tiempo natural. La experiencia de la noche se funda como criterio de uso y significación cotidiana del espacio (García Sotelo y Figueroa, 2016), por lo que cada vez que sea recorrido o apropiado por las personas, será la oportunidad para que perspectivas como la del *performance* puedan abordarlo como mensaje temporal socialmente coordinado.

El tiempo cuenta con distintas escalas espaciales que le permiten aumentar o disminuir su ritmo y aprehensión. Por ejemplo, el espacio-tiempo institucional es ajeno a la persona, por lo que transcurre de una manera poco constante y de hecho tropezada, y al no encontrarse a la disposición del sujeto, la sinergia es hostil y la praxis despersonalizada; la habitación íntima, por su parte, puede llegar a compenetrarse con la persona al reconocerse mutuamente como cómplices en las situaciones más vulnerables, tal como sucede con la hora del sueño, los tiempos de la desnudez, la práctica sexual o la enfermedad. Lo anterior coloca al cuerpo como espacio del tiempo y de su transcurrir: canas y arrugas suelen simbolizar que alguien cuenta con experiencia y sabiduría porque supera en años al resto de los miembros de su grupo.

El cuerpo es un espacio privado de significación pública, por lo que sobre él operan las exigencias que regulan su apropiación, y la extensión de ésta sobre otros espacios. A través del espacio-cuerpo los tiempos son experimentados somáticamente; el tiempo se aprecia sensorial, afectiva y mnémicamente en un acto de producción individual que concuerda con el sentido más amplio de lo identificable y lo diferencial. Los cuerpos como espacios coadyuvan a la interpretación del transitar día-noche, siendo posible observarlo a través de las conductas, los lenguajes, las estéticas, así como de las expresiones emosignificativas que invitan al tratamiento analítico de los tiempos desde las dimensiones sensibles del *sentir*. Sentir el espacio-tiempo nocturnos es conformar un campo sensorial que no sólo requiere de los

sentidos corporales, pues los sujetos incluyen en él emociones, recuerdos, atmósferas, climas, estados de ánimo, así como las particularidades de clase, los sistemas de creencias, las geoespacialidades, los oficios laborales, y todo el sistema cultural dispuesto al alcance para poder otorgar texturas –estructurales– a las experiencias sociales de la noche (Figueroa, 2025).

La retórica de la noche ha requerido históricamente del cuerpo para articular formas más precisas de mensaje, interiorizándolas a nivel de: a) creencias e imaginarios, b) prácticas y relaciones, y c) procesos orgánicos (Figueroa, 2025), por lo que la apropiación social del tiempo desarrolla en los sujetos formas particulares de comportamiento, sociabilidad y práctica, que son instituidas como propias de la diurnidad o de la nocturnidad (Margulis, 2005).

> La verdad me reencanta la noche [sonríe]. Bueno, te voy a ser sincera, amo vestirme con ropa pegada, corta, escotes y todo eso, pero me choca que si te vistes así por la mañana las doñitas se ofenden y los vatos te joden, como si nunca hubieran visto a una morra con falda […] Por eso creo que me gusta la noche, porque aunque vista así, paso desapercibida, tal vez me confundan con una chica que se dedica a la prostitución [risas] pero hasta ellas lucen mejor por las noches (Vale, 2025).[3]

La noche en tanto tiempo necesita espacializarse para poder ser manipulable y cobrar un sentido material, por lo que el espacio primario desde el cual se lleva a cabo este proceso de significación es el cuerpo, lo que incluye sus funciones, lenguajes, formas y estéticas. Entonces, sea a escalas micro como el cuerpo o la habitación de descanso personal, o a escalas macro y externas al individuo como las referencias geográficas, los espacios son evidencia de la presencia humana haciendo historia, comprendiendo material y simbólica-

[3] Joven de 28 años, soltera, vive con sus dos hermanas en un departamento de interés social heredado de sus padres, quienes fallecieron en un accidente automovilístico en 2017. Trabaja como promotora en Walmart.

mente el transcurrir del tiempo, marcando pautas temporales, produciendo ritmos sociales, y haciendo posible la sujeción del entorno natural a través de actos culturales de significación, por lo que el *contexto* sociocultural de la noche que se desee estudiar, tendría que concebirse como la escala meso que pluralizaría la mirada de un único contenido dominante e idealizado de la noche occidental.

El uso de herramientas metodológicas como la cartografía participativa, los recorridos guiados (Figueroa y García Sotelo, 2021) y el ritmoanálisis (Lefebvre, 2004; Aguilar, 2017; Hernández, 2026), han sido de gran utilidad en el ejercicio escalar de la noche, ubicando a través de ellos los matices nocturnos que sobre el tiempo natural se pueden producir, los accesos que a ellos se tienen o las posibilidades de su extensión en función de los grados de apropiación espacial que la particularidad de las experiencias sociales generen.

b) Contexto

> […] es que depende de dónde pase la noche. Si ando por mis rumbos sí está medio feo, la verdad, entonces procuro caminar rápido, o si vengo en el auto, meterlo en chinga a la cochera, siempre al tiro de todos lados […] Sí la siento medio pesada [la noche]. […] Ah bueno, es que allá con mi novia es otro pedo, está bien tranquilo. Hay como cafeterías y lugares así bonitos a donde va puro viejito [risas]. No, en serio, ves que es una colonia pues bien antigua de Puebla y vive puro viejito ahí, en buena onda, porque está chido, creo que eso hace que la vibra sea tranquila y hasta pase como lento el tiempo […] (Miguel, 2023).

Miguel tiene treinta y tres años, es habitante de San Ramón, una de las colonias concebidas por los imaginarios dominantes como altamente insegura al sur de la ciudad de Puebla, principalmente por sus dinámicas periféricas poco vigiladas, de presencia de familias dedicadas al robo de carteras y autopartes, así como al narcomenudeo. Vive en casa particular con sus padres y una hermana de veinte años, y aunque en los treinta años que llevan viviendo ahí no han sido víctimas de algún tipo de delito, el discurso institucional

y la imagen social se vuelven tan importantes como la experiencia vivida, generando una atmósfera cotidiana de la noche que condiciona a sujetos, cuerpos, prácticas, lugares y relaciones en torno a las variantes de riesgo; en comparación con las noches *tranquilas* y *lentas* que Miguel reconoce que caracterizan la colonia que habita su novia, La Paz, ubicada al norponiente de la ciudad, y la cual es concebida colectivamente como una colonia bonita, de tradición, histórica, conservadora y de renombre poblano, aunque la joven y su hermana ya han sido víctimas de la delincuencia a mano armada.

Se parte de lo anterior para plantear que el estudio del tiempo es contextual, es decir, que la significación del tiempo, la particularidad de la noche y la manera de abordarla dependen del conjunto de condiciones y circunstancias que la rodean y que, en una lectura sistemática de dichos escenarios, será posible la comprensión de la nocturnidad como fenómeno social, cultural e histórico, por lo que la noche se fragmenta en noches por la adecuación de los elementos que le brindan cualidad y diversidad a los ambientes.

Producir las noches es un ejercicio práctico y comunicativo para las personas, en donde los niveles cronométricos del tiempo son medibles a través de la significancia cultural, proveyendo elementos que caracterizan a los tiempos en función de su organización social y la historia cultural; la impresión perceptiva de la noche se resignifica para que a través de ella los grupos sociales den cuenta de sus diferencias, similitudes, disputas, capitales y producciones imaginarias. Ernesto Licona (2021) propone entonces pensar a la noche (cuyo rasgo temporal es principalmente natural) desde la noción de *nocturnidad*, y no sólo de una, sino de varias y diversas, nocturnidades heterogéneas que dan cuenta del crisol sociocultural de sus hacedores.

Los universos nocturnos o *nocturnidades* son creaciones sociales en torno a la noche que experimentan, viven y habitan sujetos y grupos de sujetos diversos, panorama que se ve

multiplicado en contextos urbanos. Si se concibe a la noche como un universo, se está hablando del conjunto de elementos que hacen posible un todo sistémico: tiempo, espacio, materia, energía, y las distintas vías de su interacción y reproducción; si estos universos son nocturnos, entonces el sistema se concebirá a la luz de las formas estructuradas que vinculan al tiempo con muchas otras esferas del mundo social: el territorio, la economía, la migración, los complejos dogmáticos, o las juntas históricas que por ejemplo dan cuenta del contraste temporal entre las concepciones tradicional y moderna.

El autor hace la analogía lingüística que posiciona a la noche como la gran estructura de la lengua, y a las nocturnidades como sus maneras de hablarla, por lo que resultan de gran interés las nocturnidades de los pueblos urbanos con los que trabaja, donde la noche tradicional ha comenzado a enunciarse de manera híbrida a consecuencia del contacto cada vez más intensificado con las dinámicas urbanas de la ciudad: lo *urbano* del *pueblo* tensa la forma tradicional de tiempo y lo hace responder creativamente de formas paralelas y singulares: "Depende. Si estoy sola me gusta la noche de pueblo. Me acuerdo de que cuando era niña veía la noche más oscura y por eso me quedo solamente en velas y me pongo a rezar. Me siento bien. Después llegan los nietos y ahhh [expresa molestia] prenden la televisión y se ponen con sus aparatos y ya parece de día" (Ramona, 2020).[4]

El sujeto, por influencia de la historia de grupo, define sus nocturnidades y las recrea por medio de un conjunto de representaciones propias a su posición relacional, lo que acerca al conocimiento de quiénes somos, en dónde vivimos y en qué creemos, y así vislumbrar un primer acercamiento contextual a los tipos de nocturnidad, las nocturnidades que llegan a convivir en una misma noche, o cómo un mismo

[4] Habitante de 82 años de la Junta Auxiliar nahua de San Andrés Azumiatla.

agente experimenta múltiples nocturnidades en una sola noche, tal como en el caso de Estrella:

> A las cinco debe estar todo listo para irnos a casa de mi mamá. Llegamos un poquito antes de las seis y les preparo la cena a los hijos. Me pongo un lonche y le lavo los trastes a mi mamá. Ya para las siete me voy alistando para irme al trabajo, de hecho ya comienza a oscurecer, tengo que estar a las siete treinta. Creo que es hasta las diez que "comienza la noche",[5] ando un rato en piso, otro en privado, y ya para las tres ceno y me duermo un rato hasta que amanezca porque no me gusta llegar a ver a mis hijos todavía siendo noche, no me gusta despertarlos (2024).[6]

Serán las referencias de relación y posición las encargadas de condicionar la apropiación de la noche, así como el tipo de nocturnidades a las que estructuralmente se tiene o no acceso. Las noches destinadas al descanso no son para todos, tampoco aquellas en donde la nocturnidad es lineal (Baldwin, 2002), por lo que la atención al contexto otorga pluralidad nocturna en la medida de la correspondencia entre los principios etnológicos de la cultura y los procesos de significación cotidianos, lo que incluye la importancia de la vida material moderna. La observación participante y las historias de vida permiten a los investigadores sociales comprender las cualidades particulares de un referente cultural, lo que resulta en la diversidad de noches que responden a cada anclaje histórico, geográfico o ambiental que habrán de disponer la lógica de sus tiempos.

c) Condiciones tecnoambientales

Mencionaba Ramona (2020) que la noche era más oscura cuando ella era niña. Ramona es una mujer de más de ochenta años, que como se indicó en el apartado anterior, es oriunda de una comunidad de origen nahua campesina del

[5] Comillas de ella.

[6] Estrella tiene 36 años, es madre soltera, bailarina nocturna y vive en un departamento de interés social al sur de la ciudad de Puebla.

suroriente poblano, de ahí que las noches que recuerda con nostalgia coinciden con el periodo histórico previo a la instalación de la luz eléctrica en San Andrés.

Los recuerdos vinculados a la experiencia temporal desde la percepción de su atmósfera lumínica han sugerido una serie de investigaciones, principalmente por parte de equipos académicos europeos, cuyas propuestas parten de comprender compleja y contextualmente las posibilidades socioculturales de la noche, para ello deberá contemplarse el conjunto de condiciones tecnoambientales al alcance del grupo social, así como las adecuaciones resultantes por innovación; es por esto que trabajos como los de Hernández y Guérin (2016) y Trejo (2023) subrayen un antes y un después en el pensamiento social relacionado con la noche tras la implementación de la necesidad óptica que busca el orden social. El entramado tecnológico-ambiental es de suma importancia para la cualidad del vínculo entre tiempo-sujeto-espacio, encargado de redirigir las maneras técnicas de hacer las noches.

Cruz (2024) y Meza (2024) coinciden en lo crucial del papel social de la luz eléctrica y el alumbrado público, sobre todo para las nocturnidades étnicas y tradicionales, en las que el paisaje natural fungía como guía de las experiencias en la noche procurando las oportunidades de anonimato. Se ha vuelto poco común que en ciudades como Puebla las prácticas urbanas nocturnas carezcan de luz en su totalidad; la penumbra suele ser resultado de un juego de luces que comercia con la necesidad de las personas por el anonimato, en un contexto en el que las noches cuentan con atmósferas lumínicas que buscan la sobreestimulación.

Si bien el término *tecnoambiental* remite a un subgénero de la música *techno* que contempla las condiciones ambientales para integrarlas a su base musical, consideramos que la relación entre la técnica y el entorno es innegable y mucho más amplia, percibiendo a la primera mimetizada con el segundo como si fueran hechos de la misma naturaleza.

En este tenor, mucho del estudio dedicado a las nocturnidades urbanas se centra en contextos sonoros (Rashkin y Ávila, 2024; García Sotelo y Tort, 2026), porque las escenas musicales, y en general el ruido, cuestionan el silencio de la idealización nocturna. Las noches urbanas conforman ambientes tecnoculturales que dan cuenta de la diversidad social que caracteriza a las ciudades, y es debido a este panorama heterogéneo que las espacializaciones de la noche responderán a circuitos de producción y consumo estratégicamente planeados que permitan abastecer simbólica y materialmente a los noctámbulos. Si la práctica nocturna lúdica se espacializa fuera de los circuitos oficialmente asignados, las nocturnidades se tensan y pueden suscitarse conflictos como los trabajados por García Sotelo y Tort (2026), quienes muestran procesos de tensión, gestión y resolución vecinal cuando en la superposición de nocturnidades se integran aquellas que desconocen las reglas implícitas del entorno: lo que conflictúa a los residentes de la colonia poblana San Manuel no es la intensidad de la música de los negocios destinados a la economía nocturna, lo que detona el malestar es el tipo de música, reguetón, considerada no apta para los tiempos del descanso.

Las referencias paisajísticas y atmosféricas del medio vinculan sentidamente al tiempo con distintas temperaturas, dando cuenta de nocturnidades frías, templadas y calientes que dependerán del día de la semana, del clima o de la intensidad sensorial de los ritmos musicales (Rashkin y Ávila, 2024). La hostilidad por sobrecontacto condiciona una atmósfera de calor que eleva las temperaturas sociales nocturnas y lleva a las pulsiones a rebasar el estado mental: “Ya andaban bien calientes y terminaron a golpes” (Martín, 2015); por su parte, las prácticas de resolución del conflicto son atribuidas a un clima frío que potencia la claridad en el pensamiento: “Dejemos que las cosas se enfríen para poder pensar claro”.[7]

[7] Dicho popular.

Climas y temperaturas son condicionantes tecnoambientales necesarias en el estudio social de la noche: a mayor temperatura, las nocturnidades son más públicas, y a menor, son producidas de manera más privada.

Las formas alimentarias se incluyen en el campo tecnoambiental, pues la alimentación como práctica social engloba modos y técnicas basadas en conocimientos de formación familiar, colectivo y formal, dando cuenta de la manipulación de lo natural por parte de lo humano. Las formas alimentarias nocturnas consideran también circuitos para su consumo, y aunque el beneficio es claramente empresarial, la relación sujeto-entorno, establece estos circuitos desde el despliegue de luz, sonido, energía y materia. Todo acto de transformación de la materia reproduce la sinergia entre cultura y naturaleza, por lo que las creaciones tecnológicas y objetuales brindarán de contenido a la cultura material y viceversa, lo que sugiere al estudio contemporáneo de la noche la viabilidad de propuestas como la *etnografía de la habitación* de Morduchowicz (2008), las técnicas del hacer nocturno de Perrot (2018), la ecología económica de Mercado Celis (2026) o la intervención-participación urbana de Trejo (2024).

d) La ciudad y lo urbano

Insistimos en la cualidad heterogénica de la noche, lo que incluye, como se mencionó en apartados anteriores, contextos rurales, indígenas, conurbados y tradicionales, sin embargo, las ciudades contemporáneas pluralizan y diversifican en mayor medida los tiempos nocturnos en función de las intenciones ideológicas de una vida moderna, sustentada en el modo de producción industrial capitalista, así como en la congregación de múltiples actores dispuestos en torno a la mercantilización e institucionalización de las experiencias temporales. Durante el primer tercio del siglo pasado, ya los investigadores de escuelas como la de Chicago y Mánches-

ter llamaban la atención sobre la importancia de un tipo de mirada científica que diera cuenta del modo social (urbano) tan particular que comenzaba a perfilarse como consecuencia de la concentración multicultural en esas ciudades, situación que por supuesto cobraría impacto en las experiencias cotidianas de los ahora heterogéneos habitantes.

A partir de su diversidad sociocultural, las ciudades contemporáneas tuvieron que atender las condiciones materiales que condujeran estratégicamente las posibilidades de apropiación de sus agentes sobre el espacio pero también sobre el tiempo, pensándolo como oportunidad de consumo y producción en el que no habría cabida a sectores sociales que, desde la ética hegemónica, fueran concebidos como inapropiados: niños, mujeres y personas con figuras morales. Ha pasado el tiempo y las ciudades muestran la continuidad de dicho plan. Las noches en la ciudad procuran la permanencia de los estados de diferenciación socio-espacio-temporal, siendo así que las nocturnidades urbanas sean experiencias segregacionistas planteadas por una estructura más amplia: las múltiples noches urbanas dan cuenta de los principales problemas que atañen a la ciudad, sus formas de orden y regulación, sus sublevaciones, así como el marco de pensamiento dominante que ubica al tiempo natural como una medida de consumo.

A través del estudio social de la noche, es posible acercarnos a los principios modernos de exclusión y derecho sobre el tiempo y el espacio, para lo cual habrá que considerar la posición y disposición estructurales de las personas, es decir, el *rol* social legitimado por el modo de producción económica. Así, las nocturnidades públicas son adultocentristas, las privadas se destinan a sectores vulnerables y las imaginadas son representadas por jóvenes y adolescentes que no cuentan con los capitales adultos, pero sí con las habilidades de una producción simbólica que les permite performarse ante las noches adultas (Baldwin, 2002):

> A mí sí me gusta salir de noche, pero comprendo que por ser mujer se vuelve más riesgosa la calle para una, por eso trato de andar siempre con más gente, no meterme a lugares raros, pero sobre todo ¿sabes qué me sirve para sentirme más segura? ¡Eso! Mostrar con mi actitud que sé andar en la noche […] Es como traer una actitud de cero miedo a la oscuridad y a los lugares vacíos, como que te sabes mover por las calles sin que te vean nerviosa. […] Tú siempre segura y bien plantada en la calle (Cynthia, 2022).

Cynthia, ahora joven de diecinueve años, oriunda de Tlaxcala, que por tamaño y densidad poblacional es concebida como el estado más pequeño de la República Mexicana pero que despunta a nivel nacional por la presencia de redes dedicadas a la trata de personas con fines de explotación sexual (Martínez y Hernández, 2014), produce un universo simbólico que le otorga posible acceso a la noche y sus ofertas, sin que el riesgo por género sea lo que determine su experiencia. Los imaginarios en torno a la apropiación nocturna por parte de los adultos e instituciones, tanto como las formas restrictivas que estos han instaurado para contener la experiencia temporal, en el caso de las mujeres jóvenes por parte de los hombres pertenecientes a grupos delictivos o en el caso de las infancias a través de las creaciones fantásticas de los monstruos nocturnos (Maynes, 2020), complejizan aún más los objetos de estudio enfocados a las noches sociales.

Las ciudades, como universos nocturnos, dan cuenta de lo estructural que es abordarlos en su dimensión pública y privada, desde la razón del pensamiento político-estético que sostiene sus planeaciones, y en torno a una teoría de la otredad (Cruz, 2024) que los atienda como expresiones de diferenciación y reconocimiento social. Las prácticas lúdicas, sexuales, alimentarias, estéticas, sensoriales y de descanso desarrolladas de noche, representan las maneras en que las personas hacen nocturnidad; y ya sea desde la planeación o la improvisación, las nocturnidades son hechos sociales de la producción urbana.

Los universos nocturnos de la ciudad cuentan con sus propios prejuicios, dispositivos regulatorios, protagonismos y formas de condicionar la aparente permisibilidad que brinda el anonimato, lo impersonal y la desinhibición; la latencia de la noche exige mucho del sujeto, por lo que la *emergencia* del vínculo social resulta central para su gestión (Figueroa y González, 2026). La red urbana que se crea entre las nocturnidades diversas sugiere comenzar a ver en la noche otras posibilidades para su definición. El anonimato, por ejemplo, ha llevado a sujetos de distintas procedencias geográficas, económicas y sociales, a establecer intensidades en los vínculos que lo diurno no posibilitaría (Figueroa y González, 2026), por lo cual el contacto social nocturno se perfila como un acto de reclamo sobre la propiedad privada en torno al tiempo y al espacio.

Las noches urbanas responden al principio ordenatorio de diversidad y heterogeneidad, pero también al de segregación y exclusión social, por lo que los vastos estudios realizados acerca de las distintas noches en las ciudades globales muestran, por un lado, la multiplicidad de sujetos que junto con sus prácticas ponen en marcha la búsqueda del dominio y protagonismo de la noche, y por el otro, los metadatos adyacentes y subyacentes que dan cuenta de problemáticas mucho más profundas y sistémicas sobre las cuales descansa el derecho que se tiene o no respecto a la ciudad.

e) Economía nocturna y el mercado de la noche

Partimos de que la economía es el conjunto de relaciones sociales, lo que incluye las relaciones con el ambiente, que posibilitan la subsistencia material y simbólica de los miembros de una sociedad; en las sociedades denominadas modernas, estas relaciones se sustentan en el movimiento de capital. Por tanto, la noche se puede estudiar por medio de la administración de los bienes y servicios propios de la urbe, la distribución de los mismos, así como de las dinámicas de sus habitantes en la negociación de posiciones y reconocimientos, lo que otorga densidad a las experiencias e

intensidad a la apropiación. En ello, las industrias culturales como los medios de comunicación han jugado un papel central en la constitución imaginaria y vivida de la noche; mucha de la producción musical, visual y cinematográfica muestra al tiempo nocturno como protagonista, y en torno a él, un conjunto de signos y símbolos que habrán de convertirse en los productos de su mercado.

Muchos estudiosos de la noche reconocen la importancia del ámbito del entretenimiento nocturno, si bien por su notable relevancia como universo económico lo lúdico también muestra de forma muy clara la organización socioespacial que caracteriza a los modos de vida urbanos de tipo global. La *economía nocturna* (Mercado Celis, 2020) invita al encuentro regulado de su oferta en función de las variables de demanda, determina consumos y traza circuitos que expanden las geografías urbanas o las recualifica. La recualificación espacial o gentrificación tiende a potenciar los consumos a partir de la especialización y espacialización del mercado, la orientación de comportamientos y movilidades, y la adecuación zonal por porcentaje de inversión.

La noche es costosa porque es restringida, así lo demuestra la escasez de medios de transporte público durante la noche, tanto como la producción discursiva en torno al miedo y el peligro nocturnos (Macías, 2023):

> […] pues depende. La verdad es que si salgo a tiempo del trabajo sí alcanzo el último camión que va para la colonia, pero hay veces que salgo unos minutos tarde y pues ya valió, ya no lo alcancé y me tengo que ir en taxi. También hay veces que estoy tan cansado que prefiero pagar de más e irme de una vez en taxi o úber, así me puedo quedar dormido y no me bolsean mis cosas [risas]. Unas cosas por otras ¿no?, aunque sí sale bien caro el transporte privado y la nómina no da para más (Dante, 2017).[8]

[8] Empleado de una empresa dedicada a la venta de materiales para construcción y habitante de la colonia Maravillas, ubicada el norte de la ciudad de Puebla, una de las más pequeñas y menos densamente pobladas (no más de mil habitantes) aunque con flujos intensos de obreros y estudiantes por su colindancia con el Instituto Tecnológico de Puebla y el Parque Industrial Puebla 2000.

Trabajo y diversión son esferas del poder económico actual, y son los principales mercados que establecen contacto con el mundo transnacional, por lo que son responsables de redefinir las limitantes horarias de la noche y en ocasiones proveerle de las condiciones necesarias para que el flujo económico no se detenga. Lo mismo sucede con el mercado destinado al arreglo del cuerpo y a la performatividad nocturna (Licona y Sánchez, 2016). Las economías de la noche exigen acercamientos analíticos múltiples que integren bajo una misma lógica de producción los mecanismos de sujeción y explotación asignados más al tiempo que a la institución, y esto sucede en la medida en que los afectos laborales pueden incluirse simbólicamente en el salario (Besserer, 2015), tal como sucede con las más de cuatro generaciones de familias poblanas que expresan un sentido de orgullo identitario por adscripción laboral en la armadora alemana de autos Volkswagen; la disposición que la empresa tenga con las nocturnidades de sus empleados en tanto riesgo o flexibilidad laboral, se subordina ante la actividad afectiva de la que la administración los hace parte.

Bajo un régimen capitalista, las emociones y los afectos también son parte de la producción y el consumo. Entre jóvenes mujeres urbanas de estatus económicos altos, hemos registrado una práctica de acompañamiento hacia el sector masculino de la misma clase social que consiste en lo que ellas nombran como *hacer dormir* a quien solicita el servicio. Ya sea porque el varón padezca de insomnio, porque no guste de dormir solo, o porque se encuentre en etapa de depresión, entre otros argumentos, contrata un servicio que promueva el estado de relajación y descanso sin que otro tipo de práctica interfiera en este fin; las especialistas cuentan con todo el sistema objetual necesario para otorgar el servicio de la mejor manera. En la era de la hipermovilidad, dormir es un bien anhelado.

No son sólo bienes o mercancías destinadas a producir las noches, son experiencias estéticas cargadas de placer personal, porque lo que las personas sienten es tomado como materia prima para el mercado de las emociones, y este es uno de los más costosos en la reproducción del marco estructural de las diferencias. Así, las resignificaciones de los bienes y servicios nocturnos buscan conservar el principio económico de la maximización, encontrando en todo lo que vulnera hoy en día a los sujetos urbanos, una oportunidad de estilizarlo para posteriormente mercantilizarlo como soporte de la autoexigencia con la que se practican los espacios y los tiempos.

Si bien los aportes de la economía nocturna son claros en tanto la importancia de los espacios-tiempos de socialización y consumo, es importante atender para una comprensión holística y sistemática de la noche, aquellos agentes sociales encargados de otorgar los servicios disponibles, es decir, las y los trabajadores de la noche: las adaptaciones emocionales, sensoriales y orgánicas a las que se enfrentan; las tácticas construidas para hacer de la noche el tiempo de la subsistencia; la resignificación de la relación nocturnidad-diurnidad; así como las estrategias de movilidad y apropiación espacial que desarrollan. Estos elementos complejizan teórica y analíticamente el estudio de las nocturnidades al mismo tiempo que brindan cualidad social, estructural e histórica a la economía, para lo cual es central la implicación fenomenológica tanto como la especificidad epistemológica de la figura a desarrollar por parte de las y los investigadores.

F) Metodología(s)

¿Cómo comenzar a estudiar la noche y sus nocturnidades? Primero, se debe iniciar pensando en las propias: ¿cómo son?, ¿en dónde se desarrollan?, ¿cómo se sienten?, ¿cuánto

duran?, ¿cuántas y qué tipo de nocturnidades se producen?, entre otros cuestionamientos que de inicio expongan la variedad de temas vinculados a la noche. Posteriormente, ubicar esas experiencias como parte de algo más amplio (Macías, 2023), una estructura, una historia, una biografía cultural, encargadas de brindar acceso o no al tiempo-espacio de la noche; el derecho sobre ella es contextual y dependerá de la pertinencia de la figura epistemológica que se desenvuelva frente a ella. Sin embargo, para cualquier tipo de planteamiento analítico, es necesario delinear los marcos metodológicos que habrán de coadyuvar a la obtención de los datos, es decir, a las estrategias, técnicas y enfoques que el investigador desplegará en su labor *in situ* con miras a establecer vínculos comprensivos con el fenómeno.

En este sentido, Ramos (2024) hace énfasis en la relevancia analítica de las apropiaciones nocturnas por género, y es que aunque se parte del protagonismo masculino a la hora de hacer noche, la escena femenina urbana ha tomado presencia nocturna en la última década en la ciudad, ubicando espacios de sociabilidad que restringen el acceso a los grupos de género que hegemónicamente habitaban la noche; esto trastoca la labor del investigador varón, quien se enfrenta a asignaciones de riesgo en ámbitos femeninos lúdicos, y a las investigadoras mujeres, con cada vez más presencia, y que en ocasiones nos habíamos visto en la necesidad de abandonar temas de investigación relacionados con la noche por el temor a ser expuestas.

Así, el cuerpo es un medio para la obtención del dato. A través del despliegue perceptivo de los cuerpos es posible interpretar las densidades e intensidades de las diferentes experiencias nocturnas (Macías, 2023; Figueroa y García Sotelo, 2021) contemplando la del propio investigador. Bajo este enfoque, la aproximación etnográfica a la nocturnidad sitúa al cuerpo de la persona investigadora como conocimiento vivido, atravesado por dimensiones como la del género, los sistemas de creencias, los *habitus* o las particulari-

dades étnicas o de clase. La significación de los tiempos sociales crea atmósferas sensibles que le indican a los cuerpos si es de día o de noche, y en función de ello, qué tipo de estética y comportamiento se espera socialmente, por lo que el aspecto físico y háptico de las distintas nocturnidades no sólo es la paisajística urbana o la iluminación del lugar, el estudio de la noche incluye el arreglo del cuerpo, los tipos de maquillaje, la gramática de las posturas y los complejos de lenguaje que los investigadores habrán también de interpretar y comprender corporalmente.

La autoetnografía como método y enfoque contemporáneo nos acerca entonces a la complejidad de la noche desde sus dimensiones encarnadas, vividas, sentidas o somatizadas. La autoetnografía, la multivocalidad, la multilocalidad y las biografías (Macías, 2026) otorgan un horizonte interpretativo y una posición epistemológica comprometidas con la comprensión de las noches no lineales. Por su parte, la etnografía multisituada permite a las figuras investigantes experimentar sensiblemente los distintos ritmos nocturnos, que más que comparar, conectan sistemáticamente a las diversas noches, entre ellas las de tipo transnacional, por lo que se insiste en la importancia de analizar las producciones mediáticas en la medida en que las nocturnidades urbanas son imágenes superpuestas de los distintos discursos audiovisuales producidos por las industrias culturales y los medios de comunicación que se encuentran al alcance del actor, por lo que esa capacidad de yuxtaponer, crear o resignificar es la que brinda pluralidad a una sola referencia temporal.

Entonces, como es propio de la etnografía, cada nocturnidad requiere de sus propios procesos y técnicas de obtención de datos. Cada marco metodológico se conformará por herramientas y perspectivas afines que permitan dar cuenta de los distintos niveles de experimentación de la noche; el sujeto en su contexto es la relación primaria que habrá de contemplarse en la búsqueda de los universos de sentido nocturnos. El análisis debe ser a escalas micro de interacción o escalas

meso de la situación, evitando los pánicos morales por la predisposición de la norma diurna (Meza, 2024). El estudio de la noche ha planteado estrategias metodológicas como mapas, croquis, dibujos e imágenes en general que, bajo denominaciones como el peligro, el trabajo, la fiesta, el descanso, entre otras, refiguran los referentes aparentemente estables de los tiempos y los espacios (Macías, 2023; Figueroa y García Sotelo, 2021).

PARA FINALIZAR

¿Qué sucede durante la noche? Durante la noche acontece la vida social. Incluso si se está descansando, las prácticas del descanso son cambiantes contextualmente y se basan en las particulares reglas sociales que establecerán cómo y cuándo habrán de realizarse. Si la noche se ha relacionado con el peligro, el miedo y la oscuridad incluso como si fueran sinónimos, es porque 1) la condición perceptiva tiende a acrecentar los problemas de la cotidianidad por la quietud que en mayor medida caracteriza a la noche (Figueroa y González, 2026), y 2) lo social sigue sucediendo pero con restricciones propias que son útiles para contener los desbordes económicos y políticos; en este sentido, la toma de decisiones vinculada a las estrategias de regulación de la noche debe optar por la toma de la penumbra antes de pensar en su diurnización (Trejo, 2023).

Es así que la diversidad cultural de los grupos sociales heterogéneos, tanto urbanos como comunales y originarios, no sólo determina lo que sucede en la noche y cómo sucede, también nos invita a pensar en la ausencia de unicidad del tiempo, independientemente del dominio del pensamiento occidental que tiende a la homogeneización de las experiencias espaciotemporales. Las vidas sociales en tanto estructura, sistema y cotidianidad, dan paso a las muchas posibilidades de *hacer la noche*, por lo que si hablamos de

noches, resultan los matices que han dado forma teórico-metodológica a las miradas disciplinarias que han tratado de ser retomadas en los seis momentos reflexivos que conforman este texto. El acompañamiento a las noches que producen los sujetos desde sus contextos, los espacios de los cuales se apropian o evitan, la relación que desarrollan con sus medios técnicos y ambientales, el derecho o no que tienen sobre el tiempo, las distintas maneras de gestionarlo, economizarlo y mediatizarlo, cómo lo corporeizan o somatizan, entre otras tantas variables e indicadores empíricos, dan cuenta de que los tiempos son en cantidad y complejidad, son en tanto las producciones físicas e imaginarias a través de las cuales se da forma a la existencia individual y colectiva, de ello la invitación al quehacer científico para continuar con el diálogo interdisciplinario que ha posicionado a la noche como el punto de partida analítico en miras de su comprensión, tanto como del alcance que permite que su estudio nos lleve al resto de las esferas de vida en las que los sujetos sociales se insertan.

La noche desde el deporte, el estudio, sus rituales, el "hacer vecindad", los paisajes sonoros, la negociación de los afectos, entre otras tantas prácticas sociales, invitan a diversificar los objetos de estudio en torno a ella, y por ello, a enunciarla en plural, y si bien se contempla como un fenómeno en sí misma, su análisis no puede excluir su complemento con lo diurno, así que la dicotomía temporal se vuelve un continuo de las facetas sociales del sujeto y su cultura. Las diversas nocturnidades no se reducen al estado astronómico y cronométrico de la noche, más bien se observan como un flujo constante entre tiempos, espacios y disposiciones sociales, lo que incluye el comportamiento del actor en torno al día, la tarde, las noches festivas, las laborales, las profanas o las sagradas (Figueroa y García Sotelo, 2021), adecuándolo situacionalmente desde una dinámica de (dis) continuidades que se piensan más por significado que por medición (Figueroa, 2025).

BIBLIOGRAFÍA

AGUILAR, Miguel Ángel (2017). *Del caminar urbano hacia el ritmo en la ciudad*. Ciudad de México: Universidad Autónoma Metropolitana, unidad Iztapalapa.

BALDWIN, Peter (2002). "Nocturnal Habits and Dark Wisdom: The American Response to Children in the Streets at Night, 1880-1930", *Journal of Social History* 35 (3), primavera: 593-611. Disponible en: <https://doi.org/10.1353/jsh.2002.0002>.

BESSERER, Federico (2015). "Regímenes de sentimientos y la subversión del orden sentimental. Hacia una economía política de los afectos", *Nueva Antropología* 81: 55-76. Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma de México.

CRUZ, Salvador (2024). "Noche y oscuridad en la caza de sexo gay", *Alteridades* 34 (68): 37-48. Disponible en: <https://doi.org/10.24275/HHMV6096>.

FIGUEROA, Mariana (2025). "Producir las noches urbanas: experiencias del *sentir* en el espacio-tiempo de la nocturnidad", *Nueva Antropología* 36 (100).

FIGUEROA, Mariana y Alejandro García Sotelo (2021). "La nocturnidad como producción espacial. Intensidades y densidades de los modos de habitar". En *La nocturnidad: espacios y prácticas sociales*, coordinado por Ernesto Licona y Mariana Figueroa, 47-60. Ciudad de México: Fides Ediciones/Benemérita Universidad Autónoma de Puebla.

FIGUEROA, Mariana y Laura González (2026). "Noches largas, nocturnidades intermedias: relaciones emocionales y económicas en el área de urgencias de hospitales públicos urbanos". En *Nocturnidades 2. Espacios, tiempos y relaciones sociales,* coordinado por Mariana Figueroa y Ernesto Licona. Puebla: Benemérita Universidad Autónoma de Puebla.

Galinier, Jacques (1990). *La mitad del mundo. Cuerpo y cosmos en los rituales otomíes*. Ciudad de México: Instituto de Investigaciones Antropológicas, Universidad Nacional Autónoma de México.

García Sotelo, Alejandro y Alejandro Tort (2026). "Entre micheladas y *reggaetón*: espacio sonoro, conflicto y nocturnidad en la colonia Universidades, al sureste de la ciudad de Puebla". En *Nocturnidades 2. Espacios, tiempos y relaciones sociales,* coordinado por Mariana Figueroa y Ernesto Licona. Puebla: Benemérita Universidad Autónoma de Puebla.

García Sotelo, Alejandro y Mariana Figueroa (2016). "Habitares urbanos, sistemas sensoriales y la negociación de las alteridades", *Metapolítica* 95: 60-65.

Hernández, Edna (2026). "Ritmos y temporalidades nocturnas: una lectura holística". En *La noche: tiempos y ritmos sociales*, coordinado por Ernesto Licona y Mariana Figueroa. Puebla: Benemérita Universidad Autónoma de Puebla.

Hernández, Edna y Florian Guérin (2016). "La experiencia de la caminata urbana durante la noche", *Alteridades* 26 (52): 35-50.

Lefebvre, Henri (2004). *Ritmo-análisis. Espacios, tiempo y vida cotidiana.* Londres: Continuum.

Licona, Ernesto (2021). "La nocturnidad, universos sociales: estudio introductorio". En *La nocturnidad: espacios y prácticas sociales*, coordinado por Ernesto Licona y Mariana Figueroa, 7-24. Ciudad de México: Fides Ediciones/ Benemérita Universidad Autónoma de Puebla.

Licona, Ernesto y Jessica Sánchez (2016). "Beber, bailar, ligar. La construcción social de la *noche* en San Andrés Cholula, Puebla", *Revista de Antropología Experimental* 16: 443-455. Disponible en: <https://revistaselectronicas.ujaen.es/index.php/rae/article/view/2670>.

MACÍAS, Yolanda (2023). "´Las cosas que uno hace por los amigos´: vinculaciones sensibles del habitar la noche de la ciudad central y la noche suburbana en la Ciudad de México", Forum Sociológico 43: 67-75. Disponible en: <https://journals.openedition.org/sociologico/11913>.

MACÍAS, Yolanda (2026). *"Vidas nocturnas: tiempo social y experiencias biográficas en la ciudad".* En *La noche: tiempos y ritmos sociales*, coordinado por Ernesto Licona y Mariana Figueroa. Puebla: Benemérita Universidad Autónoma de Puebla.

MARGULIS, Mario (2005). *La cultura de la noche. La vida nocturna de los jóvenes en Buenos Aires.* Buenos Aires: Biblos.

MARTÍNEZ, María Eugenia y Regina Hernández (2014). "Trata de mujeres con fines de explotación sexual en Tlaxcala", *URVIO Revista Latinoamericana de Estudios de Seguridad* 14, junio-noviembre. Disponible en: <https://doi.org/10.17141/urvio.14.2014.1346>.

MAYNES, Mary Louise (2020). "Monsters at Bedtime: Managing Fear in Bedtime Picture Books for Children", *Humanit Soc Sci Commun* 7 (63). Disponible en: <https://doi.org/10.1057/s41599-020-00561-4>.

MELGAR BAO, Ricardo (1999). "Tocando la noche: los jóvenes urbanitas en México privado", *Última Década* 10, mayo: 76-91.

MELGAR BAO, Ricardo (2002). "Las oscuridades del caos, lo bajo y la naturaleza", *Contribuciones desde Coatepec* 3, julio-diciembre: 103-119.

MERCADO CELIS, Alejandro (2020). "Geografía urbana de la economía nocturna en la frontera México-Estados Unidos. El caso de las ciudades de Tijuana y San Diego". En *Noche urbana y economía nocturna en América del Norte,* editado por Alejandro Mercado Celis y Edna Hernández González, 217-244. Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma de México.

Mercado Celiss, Alejandro (2026). “Ecología rítmica de la economía nocturna: fundamentos teóricos y operacionalización en cuatro dimensiones”. En *La noche: tiempos y ritmos sociales*, coordinado por Ernesto Licona y Mariana Figueroa. Puebla: Benemérita Universidad Autónoma de Puebla.

Meza, Ivonne (2024). “Noche joven: aproximaciones a la historia de la conquista juvenil de la nocturnidad en México”, *Alteridades* 34 (68): 61-73. Disponible en: <https://doi.org/10.24275/RIGG3588>.

Morduchowicz, Roxana (coord.) (2008). *Los jóvenes y las pantallas. Nuevas formas de sociabilidad*. Barcelona: Gedisa.

Morin, Edgar (2008). “El paradigma de la complejidad”. En Edgar Morin, *Introducción al pensamiento complejo*, 54-70. Barcelona: Gedisa.

Nieto, Raúl y Julio Becerra (2024). “Presentación”, *Alteridades* 34 (68), julio-diciembre: 3-8. Disponible en: <https://doi.org/10.24275/UOLS3858>.

Perrot, Michelle (2018). *The Bedroom. An Intimate History.* New Haven: Yale University Press.

Ramos, Daniel (2024). “La noche y lo femenino: tiempo, espacio y prácticas de apropiación en el salón de baile *A beber*”. Sesión académica, septiembre. Puebla: Benemérita Universidad Autónoma de Puebla.

Rashkin, Elissa y Homero Ávila (2024). “Producción de nocturnidades: las escenas del rock y fandango en Xalapa, Veracruz”, *Alteridades* 34 (68): 25-36. Disponible en: <https://doi.org/10.24275/SAIT3474>.

Simonnot, Philippe (2016). “La economía de la noche: apropiación e información”. En *Las cosas de la noche. Una mirada diferente*, coordinado por Aurore Monod y Jacques Galinier. Ciudad de México: Centro de Estudios Mexicanos y Centroamericanos.

TREJO, Alejandra (2023). “La oscuridad de la noche como espacio de creación-intervención”. Ponencia presentada en el IV Congreso Internacional de Espacialidades “La dimensión sensible de los espacios”, agosto. Puebla: Benemérita Universidad Autónoma de Puebla.

TREJO, Alejandra (2024). “Oscuridad que ilumina. Intervención artística nocturna con El Clan de la Noche, en Tlaltenco, Tláhuac, Ciudad de México”, *Anuario de Espacios Urbanos, Historia, Cultura y Diseño* 31. Ciudad de México: Universidad Autónoma Metropolitana.